

La Doctrina Socialista

INTRODUCCIÓN

El libro de Bernstein es la primera obra sensacional en la literatura socialista alemana. Como éxito literario, la *Mujer*, de Bebel, ha superado en mucho al resto de nuestra literatura especial; pero, hablando con propiedad, no es un libro sensacional.

En efecto, ninguna sensación produce el que un socialista escriba un libro socialista.

Es cosa muy distinta el que un socialista eminente, uno de los marxistas *más ortodoxos* escriba un libro en el que solemnemente prenda fuego á lo que ha adorado hasta entonces y adore lo que antes quemó. Ocurre todos los días que

un burgués demócrata se haga demócrata socialista, y la prensa burguesa no tiene razón para escandalizarse por ello. Cuando sucede lo contrario, la cosa varía completamente. ¿Se halla, en realidad, Bernstein en este caso? ¿Significa su libro que Bernstein abandone las teorías del Partido Socialista? No es esta la ocasión de decidirlo. Pero, evidentemente, tal es la idea que de su libro ha formado la prensa burguesa, regocijándose hasta lo infinito. ¡Una victoria después de tantas derrotas! ¡Un síntoma de que al menos uno de los pensadores de ese Partido Socialista orgulloso é invencible empieza á no saber qué pensar de su partido, mostrando que la incertidumbre y la duda han sustituido en él á la esperanza del triunfo! No hay palabras bastante elocuentes para dar tan regocijadora nueva.

Esta actitud de nuestros adversarios ha logrado llamar la atención general de los miembros del Partido sobre el libro de Bernstein. Merecía ser tomado en consideración, tanto más cuanto que en el seno del Partido no había sido condenado por unanimidad. Bien es verdad que los abogados de Bernstein se contradecían en varios puntos. Mientras unos declara-

ban que no hacía más que confirmar lo que hasta entonces había admitido nuestro Partido, otros le proclamaban el reformador de nuestra política práctica, más importante que la fría y pálida teoría; otros, en fin, se alzaban contra esta misma política práctica, diciendo que lo nuevo que en ella había no tenía ningún valor, y que lo que tenía bueno no era nuevo, pero que el mérito de Bernstein estaba en haberse mostrado pensador original en el terreno de la teoría y en haber vivificado el pensamiento teórico, relegado á segundo término.

Sin embargo, la mayoría de los individuos del Partido que han hecho oír su voz, asociándose al último juicio que acabo de citar sobre la política práctica de Bernstein, han calificado sus teorías de simple imitación de las rancias ideas de los socialistas de cátedra.

Esta diversidad de opiniones proviene de que, como veremos más tarde, Bernstein no ha presentado su punto de vista de un modo completamente claro y consecuente, y también, y muy principalmente, de que existen en nuestro propio partido corrientes muy opuestas en cuestiones de la más alta importancia.

Esto no es una desgracia. En nuestro Partido, como en los demás, ha habido siempre divergencias de naturaleza individual, local, profesional, teórica. Los jóvenes, más fogosos, piensan de distinto modo que los viejos, de sereno espíritu; el bávaro difiere del sajón, y éste del hamburgués; el minero del obrero de fábrica; éste, absorbido enteramente por el movimiento sindical ó cooperativo, piensa de distinto modo que aquel que es en cuerpo y alma parlamentario y propagandista en las elecciones; el que ha ingresado en el Socialismo siguiendo á Marx y á Engels no piensa del mismo modo que aquel que ha venido á nosotros por Rodbertus, etc...

✓ Semejantes diferencias son, no sólo inevitables, sino necesarias; es preciso que la vida intelectual no se aletargue en el seno del Partido. Pero éste es una legión de luchadores y no una asamblea de retóricos; las oposiciones que en él se manifiestan no deben hacer imposible toda colaboración fecunda, ni llegar á producir conflictos que sólo se borran perdiendo mucha fuerza y tiempo y que paralizan la energía del combatiente. El Partido no debe extenderse á expensas de su

unidad y de su cohesión. Nada más funesto que la falta de sucesión en la táctica. El caracter esencial de la táctica consiste precisamente en la *unidad*, en la cohesión de las diversas fuerzas que concurren á una acción común bien definida.

En la unidad estriba la gran superioridad de un ejército sobre las muchedumbres sin organización, aunque estas últimas sean mucho más numerosas y estén igualmente armadas. La unidad es quien da la superioridad á un partido organizado sobre la masa indiferente.

No hay que confundir la táctica con la propaganda. Esta debe ajustarse á las condiciones individuales y locales. En la propaganda hay que dejar al agitador el cuidado de obrar con los recursos de que dispone. Uno obra sobre todo por su entusiasmo, otro por su ingenio, el tercero por la abundancia de hechos, etc. La propaganda depende tanto del público como del agitador; hay que hablar haciéndose comprender y partiendo de un punto conocido por el auditorio. No se refiere esto tan sólo á la propaganda rural. Se habla á los cocheros de punto de distinto modo que á los mineros y á los tipógrafos.

La propaganda debe variar según los individuos, pero nuestra táctica, nuestra acción política debe ser *una*. Cuando hay que trabajar sobre toda la extensión del Imperio, por ejemplo, para las elecciones del Reichstag, no debemos tener una táctica para el Norte y otra para el Sur, una para el campo y otra para la ciudad. En la unidad de la táctica estriba la unidad del Partido, y si falta la una, no tarda la otra en desaparecer.

La unidad de táctica es la unidad de acción. No excluye esto las divergencias del pensamiento ni las diferencias del punto de vista teórico. La perfecta unidad de pensamiento es realizable, todo lo más, en una secta religiosa, y es incompatible con la originalidad del pensamiento. Pero esto no quiere decir que la opinión teórica de un miembro del Partido sea cosa indiferente ó, por decirlo así, un asunto privado.

La actividad de un partido necesita, como toda actividad colectiva, que el individuo sacrifique parte de su individualidad. Los anarquistas y los teóricos del individualismo pueden mirar con desprecio á los miembros del partido á causa de este sacrificio, pero no pueden negar el

hecho de que sin la acción colectiva nada grande puede hacerse en la práctica. Pero es claro que el sacrificio de su individualidad, exigida á cada miembro en particular, no debe ser excesivo, pues en tal caso el Partido se convertiría en una horda de esclavos sin voluntad, ó en un rebaño de carneros. La verdad es que cuanto mayores son las divergencias de opinión desde el punto de vista teórico en el seno del Partido, el individuo debe sacrificar más de su individualidad en pro de la unidad de acción; cuanto más disminuye el entusiasmo de la actividad del Partido, más aumenta el peligro que amenaza á su unidad. Hay que guardarse también de marcar límites demasiado estrechos, más allá de los cuales no pueda el individuo servir eficazmente al Partido porque difiere de la mayoría en el punto de vista teórico, y sea imposible conciliar la unidad del Partido con la independencia de los miembros del mismo.

Uno de los problemas más importantes para todo partido es el de fijar exactamente este límite. A este efecto, todo partido formula el objeto que se propone y expone sus motivos en un programa

ma que sirve más para la organización que para la propaganda. Nuestro programa establece no sólo nuestras primeras reclamaciones, sino también los principios cuya aceptación asegura la unidad del Partido y su amor á la lucha. La parte general de nuestro programa no es sólo un ornamento del edificio del Partido, un placer inocente que los *prácticos* dejan de buena voluntad á los *teóricos*, sino que llena un objeto eminentemente práctico, cual es el de trazar una línea divisoria tanto entre nosotros y los que son nuestros declarados adversarios, como también entre nosotros y esos *dilettanti* inciertos y tibios, que nos seguirían de buena gana algunas veces, pero que carecen de firme resolución para pelear á nuestro lado por el Partido, en cualquiera circunstancia y hasta lo último.

Pero precisamente porque este punto del programa es importantísimo, no se le debe sustraer á toda crítica. Nada hay peor que un programa en contradicción con la realidad. O bien pierde todo valor práctico para el Partido, y entonces pierde éste á su vez toda cohesión; se borra la línea divisoria que le separa de los elementos próximos; acuden á él gentes

de todas clases; los principios son reemplazados por fluctuaciones de opinión y por influencias momentáneas de hábiles demagogos, y en lugar de ir directamente en persecución de su objeto, se desvían unos por la derecha y otros por la izquierda, la disgregación sucede á la cohesión, el escepticismo y el denigramiento á la confianza en sí mismo y al entusiasmo; ó bien el programa no pierde nada de su valor en el Partido, pero, incompatible con la realidad de las cosas, pierde su fuerza propagandista, reduce al Partido á la categoría de secta y le arrastra por la senda de las declamaciones estériles y de las aventuras funestas.

No solamente está permitido, sino que es necesario someter de cuando en cuando el programa á un nuevo examen. Pero en razón á su importancia para la vida del Partido, se tiene el derecho de exigir que dicho examen se practique con la mayor escrupulosidad. Hay que guardarse de entregar á discusión el programa del Partido á la primera crítica que se presente, de suscitar sin razones serias dudas sobre la solidez de las bases del edificio del Partido y de abandonar su primer punto

de vista antes de haber encontrado y establecido uno nuevo.

Para realizar grandes empresas hay que ser entusiastas, decía Saint-Simon. Pero sólo producen entusiasmo los fines elevados. Si el fin propuesto no nos satisface, es necesario dirigir el entusiasmo hacia otro fin, más fundado, aunque de la misma altura; pero hay que guardarse también de matar el entusiasmo con un estéril escepticismo. Estos son los principios que deben guiarnos en el examen de nuestro programa.

Teníamos derecho á esperar de Bernstein que nos diera en su libro una crítica semejante de nuestro programa; una crítica que, si destruye nuestro objeto actual, le sustituya por otro mejor; que si rechaza los principios y los medios actuales, nos indique otros mejores. Una crítica semejante y la discusión que ha promovido, no podían menos de ser provechosas á nuestra causa, sobre todo en este momento en que las divergencias de opinión se producen en nuestras propias filas.

Nuestros adversarios no podían permanecer indiferentes á esta crítica y debía exasperarles tanto más cuanto más efi-

caz se mostraba y servía para fortalecer al Partido Socialista, en lugar de derrocarlo.

Ya se verá cómo y hasta qué punto la crítica de Bernstein ha logrado su objeto. En último término, Bernstein no ha facilitado la solución del problema destruyendo de arriba abajo no sólo el programa, sino también el método de donde procede. Hasta un hombre de genio, un cerebro enciclopédico como Marx ó Engels hubiera retrocedido ante la tarea de hacer en algunas semanas y en algunas páginas una crítica de los principios filosóficos de nuestro programa, una crítica del mismo programa y un cuadro de sus consecuencias prácticas. El *Anti-Dühring* de Engels no abarcaba más que la primera parte del programa, y el *Anti-Proudhon* de Marx no trataba más que de los principios más importantes de la Economía política.

La obra de Bernstein hubiera ganado abarcando menos materias. Una crítica del programa no tenía valor, por cuanto Bernstein aceptaba como justo el método que le había producido. Si este método es erróneo, el programa es flotante, y entonces importa ante todo crear un

nuevo método para trabajar con arreglo á él; sólo después de esto podrá construirse un programa nuevo.

Antonio Labriola ha observado con razón (*Le Mouvement Socialiste*, n° 8, p. 455) que sólo desde el punto de vista de la forma, el libro de Bernstein tenía el grave defecto de ser demasiado enciclopédico, y que para hacer su crítica sería forzoso escribir un volumen respetable.

Diré más: para hacer una crítica profunda de Bernstein, sería preciso escribir toda una biblioteca, porque se empeña principalmente en plantear problemas, cuya solución deja al cuidado de otros. Además, la obra de Bernstein es un escrito de circunstancias, un libro sensacional, que levanta por el momento gran polvareda, pero cuyo efecto no es duradero. La crítica no puede pasar años enteros escribiendo una enciclopedia para refutarle; su crítica debe aparecer lo antes posible, si no carece de objeto.

A todo esto se junta otra dificultad. La obra de Bernstein suscita en algunas páginas tan gran número de problemas, que carece no ya de resultados positivos, sino también de claridad en la exposición. Los pensamientos se agolpan,

se precipitan y ninguno llega á su completo desarrollo. Añadid á esto que Bernstein, como él mismo lo reconoce en su prefacio, no ha podido elegir la forma y los argumentos propios para dar á sus ideas toda la fuerza debida. Se ha condenado á esta reserva por consideración á sus dos maestros y amigos desaparecidos. Ya veremos si con ello ha honrado su memoria. Lo que sí es cierto es que de esa manera es más difícil explicarse con él.

Consecuencia de todo esto es que sea casi imposible al que hace la crítica del libro de Bernstein obtener resultados serios y apreciables. La tarea es enorme y abrumadora. La abundancia de problemas y la carencia de resultados positivos en el libro que estudia excluye casi por completo la posibilidad de profundizar y de resolver estos problemas, y como los pensamientos más importantes carecen de desarrollo y de precisión, el lector se ve obligado con frecuencia á deducir él mismo las consecuencias y á descubrir el punto de vista del autor. Resulta de esto que la principal objeción hecha por Bernstein á los críticos, es la de que no le han comprendido y han falseado sus ideas. Pero, cosa curiosa,

los que han combatido á Bernstein, han entendido todos su libro de la misma manera. Por el contrario, los que le defienden lo interpretan de modos muy distintos. Los unos ven en él una ruptura completa con los principios y las ideas actuales del Partido Socialista; los otros la confirmación del verdadero carácter del Partido, del cual no difiere más que en la forma exterior.

Todo esto hace que la crítica detallada del libro de Bernstein sea un trabajo difícil, desagradable é infructuoso. Pero el problema está enunciado, y es preciso resolverle. Procuraremos conseguirlo tratando de obtener cuantos resultados positivos podamos.

I

EL MÉTODO

a) Concepción materialista de la Historia.

El libro de Bernstein presenta varias fases de desarrollo; le sirven de preludeo los artículos de la *Neue Zeit*, origen de la discusión actual. Sus artículos sobre «la lucha del Partido Socialista y la revolución social» con la tesis del *objeto final y del movimiento*, expresión que después se ha hecho corriente, son considerados como una simple polémica contra Belfort Bax. Atacado sobre este punto, Bernstein dió á sus respuestas la forma de una polémica contra los «socialistas revolucionarios» del Partido, los Parvus, los Luxemburgo, los Plechanow.

Al principio de su libro, Bernstein aumenta aún más el círculo de sus adversarios. Pero se coloca todavía en el punto de vista marxista. La concepción marxista de la Historia ha sufrido una transformación, dice Bernstein; la mayoría de los marxistas no la notan, pero Bernstein se atreve á seguir su desarrollo; hay que deducir la concepción mar-